

«No one can beat the siamese when it comes to dignity, cat or twins». Guy Maddin y George Toles, *The saddest music in the world*

Alicia apretaba la mano de su hermana buscando apaciguar los nervios. Rita sonreía forzada, sentía el sudor en su palma sin poder articular una palabra de ánimo. Era cuestión de segundos. El presidente del jurado iba a hacer público el fallo de la IX edición del Premio Apolo y proclamaría el nombre del poeta ganador. Las luces cayeron, los asistentes contuvieron la respiración y, una vez más, el nombre de Alicia fue el detonante de un aplauso que las hizo temblar, abrazarse y subir juntas a recibir los parabienes.

Siempre pegadas. La circunstancia no debería ser tan llamativa. Quitando su condición de siamesas, no eran distintas a otras parejas de hermanas que coinciden en gustos y costumbres, y que van, cabecita con cabecita, juntas a todos lados. Las características de su morfología -unidas por la cadera, compartiendo una pierna, intestinos y un riñón- no las hacían muy distintas a otros pares de chicas que ves sentadas muy juntas a la mesa de una cafetería o en la barra de un bar.

La separación quirúrgica había sido aplazada en sucesivas oportunidades. Primero fueron las dudas médicas; después, los miedos de sus padres que, ante la evidencia de que sus hijas crecían parejas en salud, no consideraron las ventajas de una operación tan arriesgada. Más tarde, fueron las propias hermanas quienes negaron feroces la posibilidad de separarse, tales eran la intimidad y el cariño surgidos de su estrecha convivencia. Para ellas, y después para todos los que las trataban, su mostrenca anatomía solo encarnaba la metáfora de la fraternidad, ese sentimiento del que tantos hablan sin haberlo experimentado más que en un modo parcial, momentáneo e imperfecto.

Compartieron pupitre -como cualquier par de hermanas- en el colegio, en el instituto y en la Facultad de Ciencias Económicas. La empresa farmacéutica que las contrató como directoras adjuntas del departamento de exportación no hacía sino aumentar beneficios desde el día de la doble firma, tal era su compenetración y eficiencia en los despachos. Incluso con los hombres tenían un éxito notable. Su simétrica belleza, su atractivo carácter y cierto tipo de fantasías masculinas les brindaron una vida afectiva sexual más satisfactoria que la de muchas de sus amigas.

En todo iguales, ya se ve, excepto en talento literario. Los primeros premios de Alicia fueron recibidos por su hermana con natural orgullo; los siguientes, con envidia. Tan acostumbrada estaba a los dobles halagos, que este novedoso desequilibrio empezó a turbar a Rita sin remedio, quitándole la tranquilidad. La evidente imposición física le impedía hablar del sentimiento que la devoraba, y esta falta de desahogo se traducía en cavilaciones cada vez más oscuras.

El talento de Alicia era tan palmario que a Rita nunca se le ocurrió intentar una rivalidad literaria así que inconscientemente al principio, más descaradamente después- le dio por estorbarle la inspiración. Una vez, fin-



Hasta el 17 de mayo se difundirán los trabajos del concurso en 'La Verdad' y laverdad.es
RENDIBÚ: El arte toma los medios

RELATOS

SIAMESAS

NIÑOMUERTISMO ILUSTRADO (PSEUDÓNIMO)



gió repentino interés por el punk; lo escuchaba horas, a un volumen desquiciante, buscando quebrar el suave y ya característico ritmo de los versos de Alicia. El jurado que la premió aquel verano subrayó «la riqueza métrica de sus composiciones, que rompía con las formas estereotipadas del clasicismo sin perder un ápice de aplomo». El segundo intento fue dedicarse a los deportes y alejarla de su biblioteca el máximo tiempo posible. Alicia se quejaba de que escribía poco, pero a final de año recibió un nuevo galardón por «condensar en piezas brevísimas todo un mundo de anhelos estéticos con imágenes cargadas de dinamismo y velocidad». Rita decidió entonces no cansarse en vano, no luchar contra ese genio que parecía omnipotente y, si acaso, embrutecerla frente a la programación televisiva. La crítica saludó a los seis meses un nuevo poemario «sal-

vajemente posmoderno, cargado de crítica a los medios de comunicación y con una sorprendente retórica del insulto».

Aquella noche del Apolo, era la vigésimo sexta vez que recibía un premio y, como todos los foros especializados coincidieron en señalar, se daba la coincidencia feliz con su vigésimo sexto cumpleaños. La coincidencia, naturalmente, también se daba en Rita, que por veintiséis veces había acompañado a su hermana sobre las tarimas enmoquetadas; bajo ovaciones ajenas; frente a flashes que buscaban a la otra. La sonrisa de Alicia, ahí a su derecha, enmarcaba en carmín los agradecimientos al jurado por valorar «estas letras juntas, estos versos escritos con tanta ilusión». Rita imaginó un dejo irónico en esas frases. Intuición siamesa, si se quiere. Pensó que las palabras de su hermana eran una

burla de falsa modestia, que subrayaban su incapacidad para entorpecer la marcha hacia la grandeza literaria. Alicia percibió la sospecha de Rita tan pronto como Rita la inició, pero no dijeron nada y desde entonces hubo entre ellas cierta hostilidad.

Las cenas después de los fallos resultaban para Rita tan molestas como el mismo premio. Se juntaban un montón de poetas orondos y comían platos de difícil pronunciación. Otros se decían poetas populares y agarraban los aperitivos de tres en tres mientras masticaban a boca llena. Discutían a gritos sobre el futuro del endecasílabo y otros temas sobre los que Rita no quería ni oír hablar. Si cabeceaba, Alicia pellizcaba con disimulo la pierna común para espabilarla y evitar bochornos. Rita, con los ojos vueltos, apuraba su copa con un aburrimento neoclásico. El alcohol le hizo sacar conclusiones rápidas: todos esos poetas eran una tangible prueba de la estupidez humana. Ante sus voces aflautadas de sátiro encontró su vocación y la manera de contestar a los laureles de su hermana: Rita iba a convertirse crítica literaria. Un escalofrío corrió por las espaldas de las dos hermanas.

Alicia se sintió aliviada cuando Rita le pidió la Poética de Aristóteles. Imaginó que su hermana recapacitaba, que quería acercarse a su «mundo de metáforas celestes», a decir de la revista *Musa*. Rita presentó su renuncia a la empresa farmacéutica para estudiar todo lo que la crítica tenía para ofrecerle. Alicia soportó dos meses más yendo al despacho con su hermana a cuestras, que leía en voz alta los pasajes más sobresalientes de *Mimesis* de Auerbach. Después entendió que el afán de su hermana era sincero y renunció también, lo que resultó un alivio para ambas.

Sobró el tiempo en la casa para que Alicia escribiera, pero Rita empezó a hacerle observaciones; sutiles primero, luego incisivas y, ya las últimas, abiertamente despiadadas. Cada verso suyo recibía una andanada en la que Rita señalaba antecedentes y deficiencias que lo ridiculizaban. Alicia le dijo que no entendía nada y que, si podía escribir mejor, que lo hiciera. Rita se sintió humillada y de su orgullo emergieron los primeros artículos de crítica que pronto llegaron a las revistas. Allí defenestró a sus anchas a cada uno de los poetas con los que había compartido fiestas. Luego fue por más: hizo trabajos críticos sobre autores de toda época y latitud. Su libro *Veinte poetas mediocres* y una tradición sobrevalorada fue un extraño caso de bestseller. Nadie estaba a salvo de su afilada pluma. Su hermana, muchísimo menos.

Rita empezó a asistir a cócteles en

los que los más prestigiosos críticos y editores se reunían para determinar el censo del Parnaso. Alicia desesperaba cuando un colega hablaba al oído de Rita, convencida de que estaban atacando su última producción. La envidia se transformó en el acicate que las mantuvo inspiradas: a la publicación de un nuevo libro de Alicia seguía una suma de observaciones crueles que Rita plasmaba por escrito. En compensación, Alicia escribía un nuevo poemario con el que ganaba media docena de premios. Así, una tras otra, iban goteando las ardientes obras que cimentaban una relación llena de odio.

Las presentaciones de sus libros eran bulluciosas, algunas incluso tensas; como cuando Alicia disertó sobre la dicha de crear, incomparable a cualquier otra satisfacción. Rita la interrumpió para sentenciar -citando a Borges- que la verdadera dicha era la de entender, que imaginar puede imaginar cualquiera. El ambiente se incendiaba mientras ellas subían el tono de sus irreconciliables posturas. Las caras de placer de los asistentes las avergonzaron. Esa noche bebieron mucho. Alicia dijo considerar una ironía que justo ellos, que siempre habían escapado al circo al que su morfología las condenaba, terminasen dando semejantes espectáculos. Rita confesó que, mirando atrás, había temido que su hermana se le escapase con tanto talento y ya no poder alcanzarla. Contorsionaron en un abrazo siamés y prometieron no volver a pelearse.

Dejaron de escribir un tiempo, pero la paz era irrecuperable. Su vida pasada les parecía ajena; extrañaban los banquetes, las firmas, el reconocimiento. Timida, Rita le preguntó si estaría bien que hiciera una biografía de Sor Juana Inés de la Cruz. Alicia concedió, pero al leer el resultado se sintió retratada y pensó que su hermana no había cambiado. La presentación fue un éxito en el que ni Rita ni los periodistas confirmaron sus temores de ataque velado, y Alicia no pudo sino celebrar la repercusión de la obra. El pudor por sus malos pensamientos era tanto que empezó a gestar un poema, un canto a su relación torcida, descuidada y vuelta a brotar. La oda definitiva a su parentesco injertado. Aquella tarde tenía escritos doce serventesios cuando sonó el teléfono de su hermana. Rita atendió durante unos minutos en los que su pulso se aceleró, empujando la sangre de ambas.

-Eran del Premio Nacional, quieren que esté en el jurado -dijo radiante.

Un océano de angustia inundó la garganta de Alicia y su voz salió turbida: -No puedes.

Recordó su última antología, los fanzines colectivos, la autoedición, su cuaderno escolar. La línea de tinta que apuntaba -desde su primer bolígrafo- al Premio Nacional se disolvía con su hermana -no digamos con ella misma- en las deliberaciones.

-Puedo. «Esto» es mi obra -las palabras de Rita cruzaron un abismo hasta el oído de su hermana.

-Tú no tienes obra. No eres nada sin hablar de otros.

Ocurrió muy rápido. Cuatro manos rodaron los cuellos contrarios. En el forcejeo rompieron algún mueble del segundo piso, después cayeron escaleras abajo. Lo último que se oyó fue la voz de Rita citando a gritos a Roman Ingarden.